



«Carmen» es madrugadora, hacendosa y jardinera. Cultiva y riega, matinalmente, varias docenas de macetas que adornan el patio interior de su casa, patio que tiene baluceos de jardín, así como en Sevilla los jardines tienen, a veces, baluceos de huertos bien cultivados. Las manos morenas de «Carmen» extirpan los brotes parásitos de las esparragueras y los plantones de claveles, y, al fondo, para contraste de su graciosa figura sevillana, trepan las enredaderas.



«Carmen», morena flor humana entre las flores, se deleita comprando claveles. Son blancos los claveles, y así contrastan más con su piel morena, que recibe el aroma de esa flor ilustre, recién regada. El aire del mediodía, ebrio de luz y de perfume, ofrece su homenaje.



En su casa, antes del almuerzo, a la hora del aperitivo, en el patio, comenta familiarmente cuanto vió al pasear con sus amigas por la mañana, los incidentes de sus compras y aquellas otras particularidades y pequeños hechos acaecidos durante las horas matinales. Si se adelantó el calor con su modorra, con la pereza de su fuego andaluz, casi africano, habrá siesta, y unas horas de reposo, de calma umbrosa, invadirá la alegre casa sevillana donde vive «Carmen».

# “Carmen, 1951”

POR ADRIANO DEL VALLE

«Carmen», o la mujer sevillana, moldeada a través de las épocas, por el piropo. Hay una abreviatura del madrigal, de la lisonja a la belleza femenina, que surge, de pronto, como el salto de un gorrión en el aire, como el vuelo de la acera a la acacia, o viceversa; que lleva acuñado este estilo popular del ditirambo, del elogio, de la exaltación a la realeza de la mujer, cuando pasa envuelta en su halo de aromas y contorneando su grácil figura. A todo ello se le llama, sencillamente, así: se le llama «el piropo». Piropo que acude a la terminología de la botánica para hallar una similitud con la boca o las mejillas de la mujer amada. Y así ocurre lo mismo con el pelo, con los ojos, el pecho, la cintura y las manos. En esta dulce anatomía traducida en inefables metáforas populares, surge, de pronto, el cantar, cuando dice, pintiparadamente, algo por este estilo: «Esa raya qué tiene, Carmen, tu pelo, es una veredita para ir al cielo.»

La casa sevillana alegre y luminosa, exhala un frescor del aljibe o de brocal de hondo pozo obscuro que emergiese el vaho y el resplandor fresquísimo del agua, y así el patio,

deleitoso refugio contra el calor del día, cuaja este clima con el de la calle, deslumbrante río de sol que envolverá a «Carmen», en camino ya hacia la Misa que oírán en su parroquia.





En su casa, forma tertulia con sus amigas: lecturas, labores, proyectos para la Feria, ilusionadas esperanzas. Y sobre el grupo de la simpatía irresistible y sonriente, la sonrisa de «Carmen» preside el alegre conversar.



Sobre un fondo de madreselvas, «Carmen», señoril y llena de inefable empaque, engalanada ya con el típico traje del ferrial, invita a sus amigas. Las cañas de áurea manzanilla irisan el cristal donde la luz sevillana arranca los más deslumbrantes destellos. Volantes abigarrados, faralaeas, flores de jardín andaluz en el pelo de cada una, arran-



Como en un palco de la plaza de la Real Maestranza, aquí está «Carmen» con dos de sus amigas. Altas y caladas peinetas de carey sostienen la maravilla de unas mantillas de blonda que forman un mágico dosel, casi oriental, para la trinitaria belleza de las amigas. El sol acaricia la piel morena, ya encendida la

tez en su tibio pigmento de flor humana. Los multicolores atavios, la gradación plástica de cada adorno, el aromado y envolvente halo de tan escultórico y singular grupo femenino, enajena el sentido a quien tenga la suerte de contemplar de cerca a estas tres juveniles bellezas sevillanas, ejemplo de mujeres españolas.



Llegó la hora de la recepción o del estreno de gala. «Carmen» desciende por la escalera marmórea de su residencia. Su aparición, el atavio espléndido que la exorna, la blancura de sus pieles y el tul de su vestido, oscurecen al mismo mármol de Génova. El esplendor triunfal

de su figura requiere ya ese ditirambo a la belleza que hablábamos antes. Requiere la aparición del piro-po, madrigal con alas, abreviatura de madrigal, mejor dicho, que liba miel áurea, dulce, epigramática, zumbona, arrullándole a «Carmen» cerca de los oídos.



«Carmen» ha terminado su trabajo mañanero. En la vida de «Carmen» hay unas horas diarias entregadas desinteresadamente a aliviar el dolor ajeno: ella presta sus servicios de enfermera en un Dispensario parroquial de Caridad. Ahora ya puede pasear, y acompañada. El atavio sevillano ha sido sustituido por un severo y elegante traje de calle.



De compras. Esto ya constituye una delicia para toda mujer, sobre todo cuando se trata de lo que resalta su belleza. Ya está «Carmen» con sus amigas contemplando aquello que desearían adquirir: un bellissimo mantón de Manila, blondas, encajes, cortinas, tapetes, reposteros. Toda una gama de es-

tampaciones y bordados orientales. La tela en función de joya. El pequeño tapiz tejido por manos mágicas. La admiración de las tres amigas es indecible. La contemplación de los objetos deseados es un entretenimiento dulce y amablemente ocioso. El rostro de las amigas y de «Carmen» revela casi éxtasis.



«Carmen» llega de Misa atravesando una estrecha calle soleada del barrio de Santa Cruz. Honesta, comedida en su andar, todavía trae la visión de Dios en sus ojos, que se deslumbraron ante la presencia divina, y cuyo resplandor inundó de luz su alma recóndita.